7086

EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MESONERA DEL LEON DE ORO.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. EDUARDO VIDAL VALENCIANO Y D. ANTONIO VALENCIANO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.º

1878.

17

LA MESONERA DEL LEON DE ORO.

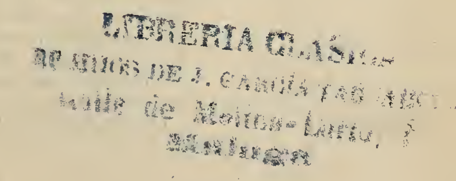
COMEDIA EN TRES ACTOS

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. EDUARDO VIDAL VALENCIANO Y D. ANTONIO VALENCIANO.

Estrenada con grán éxito en el Teatro Principal de Barcelona
el 23 de Enero de 1878.



BARCELONA.
IMPRENTA DE JAIME JEPÚS, PETRITXOL, 10.
1878.

PERSONAGES.		ACTORES.
VICTORIA GUICHAR...........	36 años.	D.ª TRINIDAD VEDIA.
RAIMUNDA........................	30 »	» ELISA MALLÍ.
ADRIANA niña de..............	11 »	» AMPARO UCERES.
COMANDANTE MONTAIGLIN.	48 »	D. RAMON MARISCAL.
OCTAVIO............................	30 »	» RICARDO SABATER.
REMIGIO...........................	21 »	» ENRIQUE SERRA.
UN PASANTE DE NOTARIO..	30 »	» JUAN BUSSÓ.

Epoca actual.

La escena en Francia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus poseciones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebran en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
Los comisionados de la Galería Lírico Dramática, titulada el Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS DISTINGUIDOS ACTORES

D.ª Trinidad Vedia y D. Ramon Mariscal,

ofrecen este trabajo como recuerdo de la sincera amistad que les profesan

S. S. S. y A.

E. Vidal Valenciano.—Antonio Valenciano.

Barcelona 15 Febrero 1878.

678120

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/lamesoneradelleo00vida

ACTO PRIMERO.

Sala regular, amueblada con sencillez y gusto. Puertas laterales en primero y segundo término. En primer término de la derecha, una mesita y junto á la misma dos butacas. A la izquierda y en segundo término, una bonita mesa escritorio con todo lo necesario para escribir. Cortinajes, sillas y mesas qne armonicen con la decoracion. Al levantarse el telon, aparecen Raimunda bordando y Octavio de pié apoyado en su butaca.

ESCENA PRIMERA.

RAIMUNDA y OCTAVIO.

OCTAVIO. Estamos conformes?

RAIMUNDA. De ningun modo.

OCTAVIO. Por qué?

RAIMUNDA. Porque lo que se me propone es indigno: es infame.

OCTAVIO. No veo en qué. Es un proyecto ingenioso... si se quiere, atrevido...

RAIMUNDA. Demasiado.

OCTAVIO. No lo aceptas?

RAIMUNDA. Repito que no.

OCTAVIO. (Incorporándose.) Está bien. Habia creido que para tí fuese una dicha poder ver á Adriana todos los dias .. me he equivocado.

RAIMUNDA. Sería para mí la mayor felicidad del mundo; pero con esta condicion... nunca.

OCTAVIO. Queda otro medio.

RAIMUNDA. Cuál? Habla.

OCTAVIO. Contárselo todo á tu marido.

RAIMUNDA. Todo?

OCTAVIO. Todo. Se entiende; lo concerniente á tí.

RAIMUNDA. (Infame!) Deber mio fué confesárselo ántes de mi matrimonio; me faltó el valor. Sonrojarme en su presencia..... oh! jamás. Primero moriria de vergüenza. Dios mio, cuánto sufro!

OCTAVIO. Raimunda; por última vez. Quiéres que introduzca en esta casa á Adriana del modo que ántes te he manifestado?

RAIMUNDA. No.

OCTAVIO. Pues ten presente lo que voy á decirte. Si no la vuelves á ver jamás, tuya será la culpa; no mia.

RAIMUNDA. Cómo! No volverla á ver! Qué intentas?

OCTAVIO. Adriana irá á reunirse en América con mi anciana tia, que me prometió encargarse de ella.

RAIMUNDA. A América! Por qué no la dejas con su nodriza?

OCTAVIO. No debe permanecer eternamente á su lado. A mí no me es posible llevarla conmigo, porque voy á contraer matrimonio, y mi futura no es capaz de amar á la hija de otra muger. En medio de mi perplegidad tuve una feliz inspiracion. En vez de sacrificarte á ver de escondidas á tu hija, como vienes haciéndolo desde hace diez años, te ofrezco tenerla eternamente á tu lado, verla cada dia, á todas horas, prodigarla tus más afectuosos y maternales cuidados sin temor, sin recelo, con la mayor confianza; no lo quieres.... no hablemos más de ello. Voy á buscarla y la volveré á Paris.

RAIMUNDA. A buscarla? Pues dónde está?

OCTAVIO. Aquí; en la aldea. En la posada donde me alojo.

RAIMUNDA. Y has tenido la audacia de traerla aquí!

OCTAVIO. Tu hallas audacia en las cosas más sencillas del mundo. Vengo á despedirme del comandante Montaiglin gefe de la fragata Galatea, antiguo amigo de mi familia, y que vá á emprender un viage de un año ó quizás de dos. Tengo una hija, que ha cumplido once años, todo el mundo lo ignora y ni aun ella sabe que yo soy su padre. Esperando al comandante, estoy con-

versando con la señora de Montaiglin, á la que por cierto hallo bastante triste por la próxima partida de su esposo . me acude una idea, que consiste en confiarla mi hija, que no tiene padres y para quien no puede haber mejor amparo en el mundo. La señora Montiaglin no acepta, y yo. espero que vuelva á casa mi amigo para estrecharle la mano y luego regresar á Paris con Adriana, la que tendré que confiar á gente mercenaria para que la conduzcan á América, viage pesado y tal vez peligroso para la pobre niña, que hallo muy cambiada desde hace tres meses que no me habia sido posible verla.

RAIMUNDA Cómo gozas torturando mi corazon! Oh cuánto te odio desde que te conozco! (Pausa.) Por qué quieres alejar á Adriana?

OCTAVIO. Porque si la muger con quien voy á casarme supiera que tengo una hija, desharia inmediatamente nuestro pactado enlace. Ella vigila mis pasos, y si llegara á descubrir que tu erees la madre de esta niña, se vengaria haciéndote todo el daño posible.

RAIMUNDA. Y por qué te casas con semejante muger?

OCTAVIO. Por qué?... Porque es necesario.

RAIMUNDA. Me inspiras lástima!

OCTAVIO. Por ventura no te uniste tú al señor de Montaiglin?

RAIMUNDA. Es cierto: porque sola y escarnecida, miserablemente engañada por un hombre que fingiéndose mi igual abusó de mi posicion y de mi ignorancia, no me quedaba otro recurso para sostener la triste ancianidad de mi pobre tia. Porque abandonada por el más vil de los hombres, no ..

OCTAVIO. Concluyamos. Si tú amases á tu hija, no tan solo aceptarias mi proposicion, sino que me bendecirias por tal idea.

RAIMUNDA. La niña me llama madre cuando me vé.

OCTAVIO. La pobrecilla ignora el sentido de esta palabra! La advertí que fingiera no conocerte y es capaz de guardar el secreto. En esto se me parece.

RAIMUNDA. Dios no lo quiera!

OCTAVIO. Siempre acriminándome! Pero no soy susceptible. Pasados algunos meses y creciendo la afeccion de la señora Montaiglin para Adriana, será muy natural que esta la llame madre, y todo sea para bien. Lo sucedido no tiene remedio. Apesadumbrarse es inútil, pensemos pues en sacar el mejor partido de las circunstancias en bien de tu hija y dejemos venir los tiempos. La casualidad hizo que te casaras con un amigo de mi familia, amparémonos pues de la casualidad que muchas veces sustituye á la misma Providencia.

RAIMUNDA. Qué hombre!

OCTAVIO. Querida mia!... (Con franqueza.)

RAIMUNDA. Caballero! Soy la señora de Montaiglin. (Con dignidad.)

OCTAVIO. ¡V. dispense. Soy tan sencillo, ó tan grosero... lo que V. quiera... De lo que sí estoy convencido, es de que hice mal en confiarte mis proyectos. Si enhorabuena me hubiese presentado á tu marido, y sin preámbulos ni rodeos le hubiera expuesto mi plan, estoy seguro que Adriana á estas horas estaria bajo su amparo y proteccion.

RAIMUNDA. Porque mi marido es un hombre incapaz de sospechar.

OCTAVIO. Precisamente es lo que necesitamos. Hélo aquí. Déjame obrar... y no me contradigas. Si te obstinas en rehusar, mi conciencia quedará tranquila.

RAIMUNDA. Los hombres como tú, no deben invocar tan santa palabra.

ESCENA II.

Dichos y MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. He tardado... me entretuve en Paris.... (A Raimunda.) Estabas inquieta?

RAIMUNDA. No en verdad. Pensaba... (Señalando á Octavio.)

MONTAIGLIN. Hola! Tú por aquí buena pieza! Te creia muerto,

OCTAVIO. Querido comandante! Hace mucho tiempo que no tenia el gusto de verle. Supe que partia V. mañana, y he venido á estrechar su mano y á hablarle de cierto asunto ántes de su marcha. He tenido ya el gusto de indicarle algo á su esposa; pero parece que no quiere decidirse sin su consentimiento.

MONTAIGLIN. Y de qué se trata? Sepamos.

OCTAVIO. Es un asunto bastante delicado, y suplico á la señora de Montaiglin, que me dispense si ciertos detalles...

RAIMUNDA. Prefiero dejar á ustedes en completa libertad. Tengo á más que disponer algunas frioleras y aprovecharé estos momentos.

MONTAIGLIN. Por qué estás triste?

RAIMUNDA. Y puedo estar alegre en la víspera de tu partida?

MONTAIGLIN. Este será mi último viaje.

RAIMUNDA. Quiéralo el cielo!

MONTAIGLIN. (Abrazándola.) Y quién sabe si será más breve de lo que tu crees. Vé, querida mia, vé.

ESCENA III.

OCTAVIO y MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. Puedes hablar cuando gustes.

OCTAVIO. Necesito de un favor de V., pero ántes he de empezar por pedirle á V. la mayor discrecion y toda su proverbial indulgencia.

MONTAIGLIN. Adelante.

OCTAVIO. Tengo una hija ..

MONTAIGLIN. Tú!

OCTAVIO. Yo.

MONTAIGLIN. De la muger que será tu esposa?

OCTAVIO. No señor.

MONTAIGLIN. Y tu futura nada sabe?

OCTAVIO. Afortunadamente lo ignora todo. ¡Ay de mí si ella lo supiese! Jamás me lo perdonaria.

MONTAIGLIN. Por qué?

OCTAVIO. Porque está en la conviccion de que es mi primero y único amor.

MONTAIGLIN. Y yo que estoy en la creencia de que tú no has amado ni puedes amar en tu vida!

OCTAVIO. Mala opinion le merezco!

MONTAIGLIN. Malísima.

OCTAVIO. Entónces será inútil que continúe.

MONTAIGLIN. No importa. Sigue.

OCTAVIO. Tengo, como acabo de decirle, una niña de once años.

MONTAIGLIN. De once años!

OCTAVIO. Cumplidos.

MONTAIGLIN. Cuántos tienes tú?

OCTAVIO. Treinta y tres.

MONTAIGLIN. No has perdido el tiempo. Y dónde está esa hija?

OCTAVIO. En el campo; al cuidado de unas buenas gentes.

MONTAIGLIN. Y su madre? Porque presumo que tu hija tendrá madre?

OCTAVIO. No la conoce.

MONTAIGLIN. Pues qué ha sido de su madre!

OCTAVIO. Podría decirle que ha muerto, pero prefiero que sepa V. la verdad. Viaja.

MONTAIGLIN. Por tu culpa.

OCTAVIO. (Con entereza.) Cómo!

MONTAIGLIN. Seria una muger honrada á la que abandonarías despues de haberla engañado y seducido miserablemente!

OCTAVIO. Comandante, á los veinte y dos años no se seduce. Se vé uno arrastrado por la pasion...

MONTAIGLIN. Desde el momento en que fué madre, debiste hacerla tu esposa.

OCTAVIO. Estaba casada. V. por lo visto quisiera que todos los hombres fuesen santos, cuando ni aun las mujeres, que se tienen por ángeles, han alcanzado este grado de perfeccion. Por que tuvo V. la suerte de hallar una jóven honrada á quien V. amó y pudo hacer su esposa, se figura V. que todos podemos alcanzar igual dicha. Créame V, querido comandante: todos los que han recibido una mala educacion obran como yo, y no todos los que la han recibido buena hacen lo que V.

MONTAIGLIN. Nadie me gana en indulgente; pero hay faltas, que si la sociedad las disimula, los hombres honrados en cuyo número me considero, no las

debemos perdonar. Que un jóven de veinte años, abandonado á si mismo, mal educado y rodeado de calaveras, como tú estuviste, por haberte faltado tu padre, y por la tolerancia ilimitada de tu madre, cometa locuras... lo comprendo y las disculpo; pero cuando el tiempo nos lleva á la edad en que uno puede aprender por sí mismo lo que ántes no le enseñaron los demás, entónces el hombre debe ser hombre, y útil á la sociedad donde tiene su puesto señalado. Hoy tienes treinta y tres años y vas á contraer matrimonio. .

OCTAVIO. Y qué? Tambien será un delito casarme?

MONTAIGLIN. Déjame desarrollar mi idea. Decia que á tu edad, se sabe ya lo que se hace ; y tu debes comprender que casarte del modo que vas á verificarlo, es obrar como no se debe.

OCTAVIO. Comandante, mi esposa...

MONTAIGLIN. Tu esposa.. ó mejor dicho tu futura, á quien no conozco y espero no conocer, pero que conocen algunos de mis camaradas, tiene más edad que tú.

OCTAVIO. La diferencia no es tanta. Tres ó cuatro años que lleva perfectamente.

MONTAIGLIN Pero yo estoy seguro que si no tuviese cincuenta mil francos de renta, ni siquiera te habrias fijado en ella. Esto ya no es un casamiento por interés, es peor mil veces, porque es un negocio. Cuando ha poco me dijiste que tenias una hija, creí de pronto que fuese de tu futura y por esta razon, á mis ojos, era ménos reprobable este matrimonio, era necesario á fin de legitimar el nacimiento de aquella criatura, asegurar su porvenir y el de su madre; pero esta disculpa no existe y tu falta se presenta á los ojos de la sociedad tal como es. En resúmen, prefieres á un modesto empleo; pero que te da independencia y consideraciones, unirte á una muger inferior á tí por nacimiento y por educacion; prefieres á trabajar y á ser útil, posesionarte de sus riquezas que derrocharás con amigos y camaradas peores que tú. Permite que te diga, que lo que vas á

hacer es una accion indigna, indigna sí; y á hablarte de esta suerte, me dán derecho primero, mis años, y segundo la santa amistad que me unia á tu buen padre, bravo y valiente marino que murió aquí, en mis brazos, defendiendo la patria y sus libertades. (Pausa)

OCTAVIO. Reflexione V., comandante, que mi matrimonio legitima una posesion.

MONTAIGLIN. Ya se que tus relaciones con la Señora de Guichard, datan de dos años. Segun noticias, fué criada de un meson llamado EL LEON DE ORO en no sé que capital de provincia, cuyo dueño la honró con su amor.

OCTAVIO. Y su mano.

MONTAIGLIN. Si: *in artículo mortis.* No recuerdo que historias me contaron... de si tú á la par que amante eras su deudor... Pero de ciertos asuntos es preferible no hablar y aun dar al olvido lo que se sabe.

OCTAVIO. (Despidiéndose.) Hasta la vista, comandante.

MONTAIGLIN. Te vas?

OCTAVIO. Despues de semejante filípica, creo que es el mejor partido que me queda.

MONTAIGLIN. Si te hablo así, es porque espero ver redimida tu alma por un sentimiento sagrado que no suponia en tí, el de padre. Amas á tu hija?

OCTAVIO. La habria amparado hasta los once años, si no la amase?

MONTAIGLIN. Dame tu mano. (La toma.) Mi amistad para contigo empieza desde hoy. Qué puedo hacer por tí?

OCTAVIO. Se lo diré en pocas palabras. Sin discutir el porqué; yo debo casarme con la señora Guichard. Esta jamás consentiria en encargarse de mi hija de la que he tenido que ocultarle hasta la existencia. Mi Adriana tiene once años, edad que en una niña reclama mayores cuidados. Hasta hoy, ha vivido en el campo en compañia de su nodriza. V. no tiené hijos, parte mañana para un largo viage; la señora de Montaiglin queda sola en el campo. ¿Quiére V. permitirme que la confíe mi niña? Tengo la seguridad que cuidará de su educacion como de la de una hija. Su esposa, me pareció dis-

puesta á acceder á mis ruegos; pero no quiere decidir nada sin su consentimiento.

MONTAIGLIN. Puedes traerme á tu hija cuando quieras.

OCTAVIO. Corro á buscarla; está aquí, en la aldea.

MONTAIGLIN. (Llamando.) Raimunda! Raimunda! (Entra.) Alguna vez te he hablado desfavorablemente de Octavio, olvida mis palabras. Tiene una hija y la ama. Hélo ya en el buen camino. (A Octavio.) Vé por la niña. (Octavio sale mirando á Raimunda que evita su mirada.)

ESCENA IV.

RAIMUNDA. MONTAIGLIN.

RAIMUNDA. Cuán bueno eres!

MONTAIGLIN. Abrázame pues.

RAIMUNDA. Con toda mi alma! (Lo hace.) No puedo espresarte cuánto te amo!

MONTAIGLIN. De veras?

RAIMUNDA. Te lo juro; y si no te lo repito con más frecuencia, es porque...

MONTAIGLIN. Me hallo demasiado léjos para oirte? (Sonriéndola.)

RAIMUNDA. No; es porque no me atrevo, porque te veo tan superior á mí, que no tengo valor para decírtelo, y me contento, á mi pesar, con escribírtelo.

MONTAIGLIN. Querida mia, la superioridad está en que tengo mas años que tú, á los que te aseguro renunciaria de buen grado. Conozco que si no me repites con más frecuencia tus protestas de amor, culpa no es tuya, sino de mis canas que no pueden inspirar ninguna ilusion en el esposo. Un marido, cuando está léjos, es diferente. Entónces no tiene forma, ni edad; se confunde con la niebla que limita el espacio y hé aquí porque se tiene más valor para amarle, porque entónces se pierde en lo infinito.

RAIMUNDA. Dudas de mí? Te equivocas. Siento por tí una admiracion... un respeto.... casi diria un culto.

MONTAIGLIN. Sí: todo lo bello, todo lo grande, ménos amor.

RAIMUNDA. Tu amor es para mí tanto, que no pienso más

que en tí, lo mismo si estás ausente como si estás á mi lado. Todo te lo debo! Pobre y humilde, me hiciste rica y envidiada. Hasta la inteligencia me has dado! Oh si! Bendito seas! Y acuérdate bien de estas palabras. Si un dia con mi muerte pudiera evitarte un dolor, una incomodidad, un disgusto... moriria feliz y son riéndote.

MONTAIGLIN. Te creo, te creo y te amo.

RAIMUNDA. No, no. Yo leo una duda en tus ojos. Eres mi dueño, mi padre, mi Dios. Cuánto siente tu corazon, halla eco en el mio. (Pausa.) Porqué estás triste cuando te digo que te amo?

MONTAIGLIN. No me voy mañana?

RAIMUNDA. No partas. Dimite. Tú no necesitas ya de nadie.

MONTAIGLIN. Pero hay quien necesita de mí.

RAIMUNDA. Quién?

MONTAIGLIN. Mis marineros que me esperan, y á quienes me une el recuerdo de una vida de fatigas y peligros. Mis marineros que me quieren y de quienes soy gefe, amigo y hermano; á los que no quiero abandonar miéntras tenga fuerzas para dirigirles. Además, estoy acostumbrado á esta existencia ruda y activa, á esas fatigas diarias, á esa lucha con los elementos. Por otra parte vivir en la holganza miéntras se tienen fuerzas, es un delito. El trabajo es un deber y todo hombre honrado, ha de recordar siempre, que es el lazo que le une con la humanidad. Debo partir.

RAIMUNDA. Tienes razon: la tienes siempre. Sé útil, sé bueno, y yo estaré doblemente orgullosa.

MONTAIGLIN. Há seis años, cuando te ofrecí mi mano, te dije que no se trataba de un matrimonio por amor. Mi edad no me permitia representar el papel de Romeo, y aun cuando el corazon es siempre jóven, no se avienen las canas con las manifestaciones espansivas. Tú eras modesta, vivias triste y sola con tu anciana tia á quien los años parecian haberle quitado la inteligencia y creí deber mio ofrecerte mi cariño, como único refugio en tu anómala situacion. Recuer-

do que te dije; al ofrecerte mi mano, me hago cargo que no es la de un esposo, sino la de un amigo. Yo no podré vivir en tu compañía más de dos ó tres meses al año; pero al ménos, en mis largos viajes, sabré que existe un sér que piensa en mi y que espera mi regreso. Tú aceptaste. Es cuánto deseaba. Lo tengo. Qué más puedo pedir?

ESCENA V.

Dichos, OCTAVIO, ADRIANA.

OCTAVIO. (Entrando con Adriana.) Aquí tienen ustedes á nuestra aldeanilla. (Al Comandante.) (Ignora qué soy su padre. No se lo diga V.)

MONTAIGLIN. Adelante, (A Adriana, que miéntras ha cambiado varios signos con Raimunda sin ser vistos de los demás.) hermosa, adelante. Todos los que aquí estamos te queremos bien.

ADRIANA. Y yo tambien querré mucho, mucho á ustedes.

RAIMUNDA. Y en ello seremos muy felices.

MONTAIGLIN. Cuántos años tienes?

ADRIANA. Once. No es verdad? (Octavio afirma.)

MONTAIGLIN. Y cómo te llamas?

ADRIANA. Adriana. En la aldea me llamaban Adriana Fremond, que es el apellido de mi nodriza; pero yo no tengo más nombre que el de Adriana.

(El Comandante mira fijamente á Octavio.)

OCTAVIO. Es muy bonito nombre.

MONTAIGLIN. Con que no tienes padres?

ADRIANA. Ni siquiera los he conocido. Nunca he visto más que al señor (Señala á Octavio.) queles conoció, segun me ha dicho, y á quienes prometió cuidar de mí cuando murieron y ha cumplido su palabra. Ha sido tan bueno para conmigo! (Tiende la mano cariñosamente á D. Octavio.) Y especialmente hoy...

MONTAIGLIN. (A Octavio.) Dále un abrazo.

OCTAVIO. (La abraza friamente.) Ella sabe bien cuanto la quiero.

MONTAIGLIN. Y díme, díme. Estarás contenta en esta casa?

ADRIANA. Ya lo creo. Contentísima.

MONTAIGLIN. Te querian en casa de tu nodriza?

ADRIANA. Sí señor; pero como que son muy pobres, siempre tenian que trabajar; y me dejaban sola sin poder conversar con nadie.

MONTAIGLIN. Ah! Y á tí te gusta conversar?

ADRIANA. Mucho.

MONTAIGLIN. Y de qué, sepamos. De qué?

ADRIANA. De todo lo que V. sabe y que yo deseo aprender. A veces tenia tanta necesidad de contar á álguien lo que sentia aquí y aquí (Señalando la cabeza y el corázon.), que lloraba sola en mi cuarto hasta ponerme enferma; especialmente en estos últimos meses... pero ahora ya no lloraré, porque ahora podré contárselo todo... (Raimunda se asusta.) á la señora.

MONTAIGLIN. Y no podias hablar con el señor?

ADRIANA. Venia tan de tarde en tarde y llevaba siempre tanta prisa...

OCTAVIO. Mis ocupaciones me exigian...

MONTAIGLIN. Y no podias mandarlo llamar cuando querias verle?

ADRIANA. Si ignorábamos las señas de su casa! Tan solo sabíamos que se llamaba D. Alfonso.

OCTAVIO. No quise decirles mi verdadero nombre.

MONTAIGLIN. Oh! comprendo. (A Adriana.) Estoy seguro que sabes de memoria cuantas veces estuvo á verte Don Alfonso?

ADRIANA. Seis.

OCTAVIO. Pero fueron mas cuando llevaba pañales, solo que ella no puede acordarse.

MONTAIGLIN. Por supuesto! Siento, nena mia, no poder estar mas tiempo contigo. He de partir mañana, y...

ADRIANA. (Con pena.) Ay! Mañana!

MONTAIGLIN. Sí, pero volveré pronto y entonces me contarás todo lo que hayas aprendido durante mi ausencia. Entre tanto te diré que Dios... Has oido hablar de Dios, hija mia?

ADRIANA. Oh, mucho! Y él tambien debe conocerme, porque le he rogado tanto y tantas veces ..

MONTAIGLIN. Pues bien; Dios, que te quitó tus padres, á nosotros no nos ha concedido hijos, y así...

ADRIANA. Entiendo; ustedes me querrán como una hija, y yo les amaré como á mis padres.

MONTAIGLIN. Justo. Pacto hecho. Estarás contenta?

ADRIANA Muy contenta.

MONTAIGLIN. Pues estamos conformes. (La acaricia.) Voy á ocuparme de mis preparativos. Y tú comes con nosotros?

OCTAVIO. Pero...

MONTAIGLIN. Vamos! Tú comes con nosotros; y la fiesta será completa.

ADRIANA. (Con candor.) Ha de volver á París. De seguro que es lo que contesta á V. Me lo ha dicho tantas veces que lo he aprendido de memoria.

MONTAIGLIN. Es adorable! (Sonriendo.) Oye; si tienes otra como esta, tráela tambien; en seguida. Con que comes con nosotros?

OCTAVIO. No puedo. Me esperan en París.

ADRIANA. (Triunfante.) Eh! Vé V., lo que dije?

OCTAVIO. No puedo faltar todo un dia sin dar aviso á la señora Guichard; pero si puedo escaparme, tendré el gusto de comer con ustedes.

MONTAIGLIN. Vales tanto oro como pesas; pero yo no te compraria. Manda un telégrama á la señora Guichard. Ella sabe que soy tu amigo...

OCTAVIO. Cierto; pero la dije ayer que iba á casa de mi tio...

MONTAIGLIN. Mandas un despacho á tu tio y que él lo trasmita á la señora Guichard. Dios mio, que fatigoso debe ser eso de vivir mintiendo eternamente! (Salen.)

ESCENA VI.

RAIMUNDA, ADRIANA.

ADRIANA. (Asegurada de que nadie la vé se arroja en los brazosde Raimunda.) Mamá!

RAIMUNDA. (Tapándola la boca con la mano.) Calla, pobre Adriana! Si álguien te oyese...

ADRIANA. No tengas miedo. Hacia tanto tiempo que no

te veia! Tenia tanta necesidad de darte un abrazo estrecho .. estrecho! (Dándoselo). Oh cuánto te quiero mamita mia! Ahora podré decírtelo todos los dias, á todas horas... verdad? Han pasado tres meses sin venir á verme! (Con dulce reconcencion)

RAIMUNDA. Me fué imposible, Adriana mia; pero te he escrito con frecuencia. Has recibido mis cartas?

ADRIANA. Y las he leido tantas veces, que me las sé toditas de memoria.

RAIMUNDA: Y qué has hecho de ellas?

ADRIANA. No me encargaste que las quemase? Las quemé.

RAIMUNDA. Entonces tú has comprendido...

ADRIANA. No he comprendido, ni trato de comprender sino que tú me quieres; que á nadie tengo en el mundo mas que á tí, y esto me basta. Quedamos pues de acuerdo; cuando estemos las dos solitas, tú serás mi mamá y yo tu Adriana; pero cuando alguien nos mire, entonces tú serás D.ª Raimunda ó bien la *señora*, pero yo te amaré tanto más, cuando menos pueda abrazarte.

RAIMUNDA. Me prometes no equivocarte nunca?

ADRIANA. Primero me harian pedazos que decir lo que no debo. Para demostrarte mi amor, debo tenerlo oculto, te aseguro que nadie lo adivinará. Con que no nos separarémos nunca mas?

RAIMUNDA. Nunca mas.

ADRIANA. Dormiré á tu lado?

RAIMUNDA. Sí.

ADRIANA. En tu cuarto?

RAIMUNDA. En el que está junto al mio.

ADRIANA. Con la puerta abierta?

RAIMUNDA. Sí.

ADRIANA. Por la noche nos dormirémos charlando?

RAIMUNDA. (La dá un beso.) Sí; hermosa.

ADRIANA. Y la primera que se despierte, besará á la dormilona.

RAIMUNDA. Yo seré la primera.

ADRIANA. Lo dudo.

RAIMUNDA. Oh angel mío!

ADRIANA. Alguien viene, me escapo Me quieres dar un gusto?

RAIMUNDA. Dí.
ADRIANA. Cuál es tu cuarto?
RAIMUNDA. Aquel. (Primero derecha del actor.)
ADRIANA. Estoy rendida de cansancio. Me permites que vaya á dormir un poquito en tu cama?
RAIMUNDA. Sí, lucero mio. Sí.
ADRIANA. Ay mamá mia! Te adoro, te adoro, y .. (Viendo al criado y cambiando de entonacion.) la doy á V. gracias, señora, por tanta bondad. (Sale saludando.)

ESCENA VII.

RAIMUNDA, REMIGIO, vestido de marinero de guerra.

RAIMUNDA. Qué ocurre?
REMIGIO. Una señora pregunta por V.
RAIMUNDA. Que pase.

ESCENA VIII.

RAIMUNDA, GUICHARD, vestida á la moda pero con pésimo gusto.

GUICHARD. Es V. la señora del Comandante Montaiglin?
RAIMUNDA. Sí señora. A quien tengo el honor de hablar?
GUICHARD. A la viuda Guichard que ha de casarse de aquí á tres semanas con D. Octavio. (Turbada y rehaciéndose.)
RAIMUNDA. En que puedo servir á V ?
GUICHARD. Necesito ciertas esplicaciones que tan solo V. puede darme.
RAIMUNDA. Escucho á V.
GUICHARD. Esta mañana, ha vénido D. Octavio?
RAIMUNDA. Sí señora.
GUICHARD. Con una niña de diez á doce años.
RAIMUNDA. En efecto.
GUICHARD. Dónde está esa niña?
RAIMUNDA. Duerme. Estaba tan cansada...
GUICHARD. No se la puede ver?
RAIMUNDA. En este momento...
GUICHARD. Y donde está su padre?
RAIMUNDA. Su padre !

GUICHARD. Sí, sí, su padre; D. Octavio. Creo que V. sabrá que él es su padre?

RAIMUNDA. Si V. quiere tomarse la molestia de esperar, mandaré que la avisen puesto que viene V. á buscarle á mi casa.

GUICHARD. Es verdad. (Calmándose.) Estoy en su casa de V. y la ruego que no se ofenda. Tengo este carácter tan fogoso y tan violento; pero lo que es esta vez la razon me sobra. No he dormido en toda la noche, he corrido no sé cuántas horas encajonado en un mal faeton, con este calor... (Raimunda hace un ademan.) Gracias, no necesito nada; comí regularmente durante el viaje. No es pues con V. con quien tengo de habérmelas, ántes al contrario, vengo á pedirla un favor. Nosotras, las mujeres, nos comprendemos aun sin conocernos. A falta de amistad, existe en nosotras el espíritu de asociacion. Una especie de liga ofensiva y defensiva... contra los señores hombres, de otro modo, cómo nos defenderíamos de esos tunantes! Pues bien: yo necesito á toda costa, saber la verdad acerca de esa niña que Octavio ha conducido aquí. Esa chiquilla tendrá madre, es ver dad? Porque no habrá venido al mundo como los hongos. Digo bien? Quiero conocer esa madre. Necesito saber quién es... y luego... que la conozca... las dos nos esplicaremos. Porque ha de saber V..... Quizás la estoy fastidiando... pero seré lo mas breve posible.

RAIMUNDA. (Qué mujer!)

GUICHARD. Ayer por la noche, me dijo Octavio, así con aire indiferente: «Mañana iré á visitar á mi tio en Fontanebleau». Al momento, y sin darme la razon, comprendí que mentia. Dejé que marchase tranquilamente á su casa, y sin que él lo notara, le seguí en carruaje. A las seis de la mañana ha salido dirigiéndose, no á la estacion del Mediodia, sino á la de Poniente. Mi primera idea fué plantarme delante el despacho de billetes y gritarle. Eh! Es esta la línea que tomas para ir á Fontanebleau? Y dar un espectáculo gratis; pero con esto no lograba

saber á dónde iba... ni porqué me engañaba .. y me aguanté. — Yo no puedo sufrir la mentira, es una cosa que me irrita!—Yo le he contado mi vida y milagros, le he dicho la pura verdad en todo, no habia mas que tomarme ó dejarme, me dijo te quiero, pues ahora exijo que me ame, que me sea fiel, y no admito ni engaños, ni mentiras, ni tapujos. Pues como iba diciendo, le seguí: se apeó en Rueil, entró en una casa de pobre apariencia y yo siempre esperándole.... No podia adivinar qué diablos iba á hacer allí, cuando por fin, sale con una niña y una maleta. Mi primer pensamiento fué interrogar á la gente aquella, pero si me detenia le daba tiempo de alejarse, perdia su pista... seguí sus pasos; y el señorito Octavio tomó de nuevo la via férrea, atravesó Paris y se dirigió con la maleta y la niña á la estacion del Mediodia. Quién es esta niña, eh? (Alterándose.)

RAIMUNDA. Señora, yo...

GUICHARD. Comprendo que V. no puede ó no quiere decirme nada; pero yo sacaré el hilo de este ovillo. Octavio me ha hablado muchas veces del señor Montaiglin y de que estaba casado, y francamente, tenia muchos deseos de conocer personalmente á la esposa del señor comandante. Yo soy celosa como un tigre y no me fio de aquel angelito. Rondé por estos contornos, la ví y es V. demasiado bonita para que yo quedara tranquila. Me informé y todos á una me han contestado que es V. tan bonita como honrada.

RAIMUMDA. Señora...!

GUICHARD. Oh! no se defienda V. Lo que antes era muy natural no es hoy moneda tan corriente. Apesar de todo, mi corazon no estaba tranquilo. Octavio es tan seductor!... Tan pillo!... Finalmente; le hice espiar. Que quiere V. yo soy así; cada uno ama á su manera y este es mi modo. Octavio no ha visitado á V. durante la ausencia de su marido, por lo tanto, la sospecha era infundada. Hoy ha traido aquí á su hija. Es hija suya, no es verdad? Qué le cuesta á V

decírmelo? Digámelo V. y palabra de honor que nadie sabrá que V. me lo haya confiado.

RAIMUNDA. D. Octavio está en el jardin con mi esposo; si V. lo desea, le haré avisar que una señora necesita hablarle, y...

GUICHARD. No, no. No le diga V. que es una señora. Dígale simplemente que una persona pregunta por él. Si le dice V. una señora, adivina que soy yo, inventa al momento treinta historias, nos marea á todos juntos.... V. no le conoce.

RAIMUNDA. Haré lo que V. desea.

GUICHARD. Mil gracias. Dispense V. mi franqueza. Podria V. mandarme por un vaso de cerveza, ó de refresco?

RAIMUNDA. Sí señora. (A sí misma con terror.) (Esta mujer en mi casa! Estoy perdida!

ESCENA XV.

GUICHARD, luego REMIGIO con botella de cerveza, vaso, etc.

GUICHARD. Ahora mi querido Octavio, tendrámos que pasar cuentas. (Se abanica y pasea.) Uf! Cáspita, y qué calor! Esto es morirse. (Vé al criado.) Ay, gracias al cielo! Tú me devuelves la vida. Si tardas cinco minutos mas me ahogo! (El criado sirve. Guichard bebe.) Dios te lo pague.

TELON.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. Aparece la Señora Guichard apurando la cerveza y leyendo el periódico.

ESCENA PRIMERA.

GUICHARD y MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. (Entrando.) Señora, me han dicho que V. desea hablarme, y....

GUICHARD. Es V. el señor de Montaiglin?

MONTAIGLIN. Servidor de V.

GUICHARD. Pues, con toda franqueza; si bien tengo mucho gusto en conocerle, nada tengo que decir á V. A quien necesito ver cuánto ántes es á D. Octavio.

MONTAIGLIN. Ha partido.

GUICHARD. ¡Cuándo!

MONTAIGLIN. Há un momento.

GUICHARD. A Paris?

MONTAIGLIN. A París.

GUICHARD. Dispense V. Antes ó despues que su señora le avisase mi llegada?

MONTAIGLIN. Antes.

GUICHARD. Comandante; porqué V. que nunca miente, me engaña en este momento?

MONTAIGLIN. Porqué me dice V. eso?

GUICHARD. Porque veo claramente lo que ha sucedido. Su señora hablaria á D. Octavio delante de V. Habrá indagado quien era el que le esperaba y

como que tiene mas olfato que un perro, me ha olido, como dicen vulgarmente. — Su primer pensamiento, habrá sido tomar las de Villadiego, por que me teme, crea V. que me teme; pero hallándose en presencia de ustedes, se habrá quedado por orgullo. ¡Si le conozco!.. V. puede haberle tratado mas tiempo; pero de seguro que no le ha calado como yo. Ya verá V. cuán poco tarda en presentarse, con aire dramático, inventando treinta fábulas, que no creeré... Es aquella la habitacion de su señora? (Señala la de la izquierda y el Comandante hace que no.) Pues apostaria á que está detrás de la puerta escuchando cuanto decimos. (Vá á la puerta.) Vamos, salga V. señorito, salga V. Qué tal? Le conozco bien? Disimule V. comandante si me tomo la libertad de proceder como si estuviese en mi casa; pero el asunto es grave... y... es preciso que este caballero se esplique.

ESCENA II.

Dichos, OCTAVIO.

OCTAVIO. Qué se la ofrece á V. señora?

GUICHARD. Ah! me interrogas con altaneria porque hay gente delante! No importa. El señor sabe á donde han llegado nuestras relaciones; basta mirarle la cara para conocer que es todo un hombre de bien .. ¡ay! si tú te le asemejáras no tendria necesidad de seguir tus pasos y ..

MONTAIGLIN. Señora, dejo á V. en libertad...

GUICHARD. No se vaya V. comandante .. no se vaya V ; por mí no está V demás nunca.

MONTAIGLIN. No : mejor será que les deje á solas. (A Octavio en voz baja.) (Te felicito. Es una simpática criatura.)

ESCENA III.

OCTAVIO y GUICHARD.

OCTAVIO. Ahora que estamos solos, me dirá V. con que derecho se permite venir á casa de personas desconocidas para V. á representar escenas ridículas y fuera de lugar. Ha tenido V. suerte de dar con una señora bien educada; otra la habria mandado echar de su casa por sus criados.

GUICHARD Has concluido?

OCTAVIO. No levante V. la voz. Qué concepto quiere V. merecer á esta familia? Piense V que ha de ser mi esposa.

GUICHARD. Qué honor! Pero no lo soy aun.

OCTAVIO. Señora...

GUICHARD. Basta.—Quién es aqnella niña?

OCTAVIO. Qué niña?

GUICHARD. La que has traido aquí.

OCTAVIO. Es una niña.

GUICHARD. De veras! (Pausa) De quién?

OCTAVIO. De un amigo mio.

GUICHARD. Y... cómo se llama ese amigo?

OCTAVIO. Si quisiera publicar su nombre... ya lo habria dado á su hija.

GUICHARD. Y tú te has prestado...?

OCTAVIO. A cuidar de la niña durante la ausencia del padre, de quien soy corresponsal.

GUICHARD Y porque la has traido aquí?

OCTAVIO. Porque su padre, que tambien es amigo del señor Montaiglin, le ha suplicado que se encargue de ella.

GUICHARD Y porqué razon no me has hablado nunca ni de ese amigo, ni de esta niña?

OCTAVIO. Porque era un secreto.

GUICHARD. Ya supondrás que no creo una palabra de cuanto estás diciendo?

OCTAVIO. Cómo gustes.

GUICHARD. Pero yo quiero; lo oyes... quiero saber la verdad.

OCTAVIO. Ya te la he dicho.

GUICHARD. Aquella niña, es hija tuya.

OCTAVIO. Si te empeñas... si; es hija mia.

GUICHARD. No me engañas..? Aquella es hija tuya. Y la madre? Dónde está la madre?

OCTAVIO. Murió.

GUICHARD. No es verdad.

OCTAVIO. No? Pues vive.

GUICHARD. Te burlas de mí!

OCTAVIO. Si no quiere V. creer en mis palabras, no tengo yo la culpa.

GUICHARD. Porqué no me habias dicho que tenias una hija?

OCTAVIO. Porque no tuve por conveniente decírselo á V.

GUICHARD. Ah! Lo tomas por ese lado y me tratas de esta manera!.

OCTAVIO. La trato á V. como se merece una mujer tan poco razonable, siempre dispuesta á dar escándalos y publicidades como si fuese una mujer del vulgo.

GUICHARD. Es cierto, soy una mujer del vulgo; una señora de poco más ó ménos, como tú dices. Gracias que sepa un poco de leer y escribir y hable como Dios me dé á entender. He sido una pobre criada de meson y pare V. de contar. Pero hoy soy la viuda Guichard, tengo cincuenta mil francos de renta. ¡Pobre Guichard! Cuando se casó conmigo, yo nada tenia; y con todo, jamás me dió el menor disgusto. Era un buen hombre!

OCTAVIO. Acaso te repruebo que le hayas querido? (La Sra. Guichard hace un gesto de disgusto, al ver que su idea no ha sido comprendida.)

GUICHARD. Aquella muger... Era de tu condicion?

OCTAVIO. Sí.

GUICHARD. Hermosa?

OCTAVIO. Hermosísima.

GUICHARD. La has vuelto á ver? (Pausa.) Vamos contesta.. (Lleno de impaciencia y de celos.)

OCTAVIO. Pero si la he dicho á V. que murió.

GUICHARD. Palabra?

OCTAVIO. Palabra.

GUICHARD. De honor?

OCTAVIO. De honor. (Pausa.)

GUICHARD. La quisiste?

OCTAVIO. Sí.

GUICHARD. (Reprimiendo un sollozo.) Mucho?

OCTAVIO. Mucho.

GUICHARD. Hasta que murió?

OCTAVIO. Sí: hasta que murió.

GUICHARD. Cuánto tiempo hace que murió?

OCTAVIO. Dos años.

GUICHARD. Desde que nos conocemos?

OCTAVIO. Sí.

GUICHARD. Y tú la veías?

OCTAVIO. De tarde en tarde. Siempre estaba enferma y ni podia recibirme, ni salir de casa.

GUICHARD. De modo que no podria ver á su hija?

OCTAVIO. No.

GUICHARD. (Con satisfaccion.) Dios es justo.

OCTAVIO. Es V. muy cruel.

GUICHARD. Pero no ves que estoy sufriendo?—Me has engañado! Me dijiste que nunca habias amado formalmente... que habias tenido algun capricho... como tienen todos los jóvenes; pero un amor formal, nunca; y esto era lo que mas me importaba. Y porqué no cumpliste con tu deber? Porqué no te casaste con ella? Era acaso pobre?

OCTAVIO. Estaba casada.

GUICHARD. Ah! Pobre niña! Pero y el marido?

OCTAVIO. Estaba ausente. (Apurado.)

GUICHARD. De modo que la niña fué declarada...

OCTAVIO. De padres desconocidos.

GUICHARD. Y porqué no la diste tu nombre?

OCTAVIO. Porqué comprometia á la madre, ya que está permitida la averiguacion de la maternidad.

GUICHARD. Es verdad todo eso?

OCTAVIO. Puede V. misma cerciorarse.

GUICHARD. Dónde?

OCTAVIO. En el registro del distrito 48. Once de Agosto de 1865. Adriana, María, Enriqueta.

GUICHARD. Dos años hace que nos conocemos. Durante este tiempo, ni una mentira te habia probado. De hoy mas, no podré creerte! Yo que creia como artículo de fé cuanto salia de tu boca!.. Qué será de mí Octavio? (Llorando.) Qué será de mí?

OCTAVIO. Adios.

GUICHARD. Cómo adios! (Sobresaltada.)

OCTAVIO. Tiene V. razon. No debemos vernos mas. Me voy.

GUICHARD. Te vas! Y yo?

OCTAVIO. Devuelvo á V. su libertad.

GUICHARD. Y que quieres qué haga de ella?

OCTAVIO. Es necesario.

GUICHARD. Necesario! Y porqué?

OCTAVIO. Nuestra diferencia de carácter y de costumbres son demasiado visibles y no podríamos ser felices. V. sospecha siempre, yo por el contrario, si bien soy espansivo, no por eso dejo de ser confiado. No hablo, por temor de disgustarla ó de que no me comprenda. Sé que tiene V. buen corazon y nunca olvidaré cuanto la debo. Antes de ahora habria confiado á V. este secreto; pero temí que se enojara y que el enojo se transformase en ódio contra esa niña?

GUICHARD. Odiar yo á esa criatura! Y porqué?

OCTAVIO. Los celos no razonan... Además; los hombres educados en la alta sociedad, necesitamos que se nos comprenda en ciertos casos delicados y V. no lo podrá nunca. Créame V.; separémonos ahora, que todavía es tiempo, y olvidemos nuestro proyectado matrimonio, que quizás mañana haria que nos odiásemos sinceramente.

GUICHARD. Pero porqué hablas así? No sabes que sin tí no puedo vivir? Ay pobre de mí! Pobre de mí! ¿De qué me sirve ser fuerte como un toro, si tú me dominas como un corderito! Me llevas y me traes á tu capricho y haces de mí lo que te da la gana... y yo tan boba y tan... Uf! Tengo rabia de mí misma. (Se dá una bofetada.) Y yo sé en que consiste esto, lo sé; tú eres de raza fina, mientras que yo... tienes unos piés pequeños y unas manos suaves y delicadas como una señorita... y unos ojos, y unos... nada, (Con espansion.) que tú eres la muger y... Estoy locamente enamorada y te destrozaría!. . Y seria muy capaz de hacerlo... pero no; te quiero, te quiero y te detesto... y te adoro. (Llorando.)

OCTAVIO. No es verdad que V me quiera.

GUICHARD. Qué no es...! (Pausa.) Mira, no abuses de mi amor ni de tu superioridad; créeme Octavio. Piensa que si llego á arrancarte de mi corazon... ay de tí! No sé de que seria capaz! Pero terminemos. La madre de esa niña, murió de veras?

OCTAVIO. He dado á V. mi palabra.

GUICHARD. Bien. Trae la niña. Vendrá conmigo; yo me encargo de ella.

OCTAVIO. Qué! Querria V. adoptarla?

GUICHARD. Sí. Así no dirás otra vez que no te quiero. No me caso contigo sino con esta condicion; palabra de mesonera. Quiero que tu hija se venga conmigo; y si acaso su madre viviese aun, que venga... que venga... ya hablarémos.

OCTAVIO. Sea como V. quiere. ¿Pero porqué tomarse esa molestia?

GUICHARD. Y porqué se la han de tomar personas estrañas? Tú eres mi familia y es natural que tu hija viva con nosotros.

OCTAVIO. Ciertamente; pero...

GUICHARD. Pero qué?...

OCTAVIO. Qué dirá la señora de Montaiglin? Dos horas no hace que he traido á la niña y ya me la vuelvo á llevar!

GUICHARD. Hallará muy puesto en razon que casándome contigo, yo sea la madre de tu hija. En dos horas que la niña está en esta casa, la señora no ha tenido aun tiempo de tomarla cariño; y si siente interés por esta criatura, estará contentísima de ver que la cosa concluye de este modo. (Pausa. Octavio está indeciso. La señora Guichard viendo su indecision va á salir).

OCTAVIO. ¿A dónde vá V.?

GUICHARD. Voy á noticiárselo, porque tú estás indeciso...

OCTAVIO. Qué impetuosa é impaciente es V.! Quiere V. tener á la niña? Bien; la tendrá V.; y cuando se canse de ella, la volverémos á traer aquí... ú á otra parte.

GUICHARD. Si la amaré como propia hija mia. Y no temas, que no será una bestia como yo. Cá! Con dinero, la buscaré profesores y aprenderá músi-

ca y baile y pintura y geografía y aritmética y teología!

OCTAVIO. Huy!

GUICHARD. Qué? He dicho alguna barbaridad?—Dime que me quieres un poquito.—Anda... dímelo.

OCTAVIO. Si lo sabes de mas, tontuela.

GUICHARD. Qué hora es? (Mira el reloj.) Demonio! Necesito una hora para ir á París; otra para llevar á cabo mi plan; otra... (Contando con los dedos.)

OCTAVIO. Qué plan?

GUICHARD. No te importa. (Alegre.)

OCTAVIO. Me das miedo.

GUICHARD. Soy tan bestia, verdad? Una para volver... de cuatro á cinco estaré de regreso con el carruage y nos llevaremos la niña.

OCTAVIO. Hoy no.

GUICHARD. Por qué?

OCTAVIO. Porque el Comandante parte mañana y hoy me ha invitado á comer: acepté y no debo rehusar ahora.

GUICHARD. Es muy justo. Y bien, comerémos todos aquí.

OCTAVIO. Válgame Dios!

GUICHARD. Si yo sé lo que me digo. Esta tarde yo y el Comandante, serémos los mejores amigos del mundo. Quédate aquí con tus amigos y participales mi resolucion. A mi regreso me escusaré de haberme ido sin saludarles. Ves como si quiero tambien sé gastar *tiquetas* y cumplimientos? No tengo tiempo que perder. Voy y vuelvo... Adios! — Qué indino es... y cuanto le amo—Adios, adios! (Se vá mandándole un beso.)

ESCENA IV.

OCTAVIO.

OCTAVIO. Fortuna ha sido que me creyese. Por un momento he visto desecho mi matrimonio. Lo que es indispensable de todo punto es que Raimunda me devuelva la niña. Consentirá?... No hay remedio; de lo contrario se descubria

la verdad y todos mis esfuerzos habrán sido inútiles. Ella!

ESCENA V.

RAIMUNDA, OCTAVIO.

RAIMUNDA. He visto á la señora Guichard. Qué quiere esta mujer? Cuál es el objeto de su visita?

OCTAVIO. Llevarse á Adriana!

RAIMUNDA. Qué!

OCTAVIO. Quiere darme esta prueba de afecto.

RAIMUNDA. V. habrá rehusado?

OCTAVIO. He consentido. Digo mal. He tenido que acceder.

RAIMUNDA. Quiere V. quitarme á mi hija!

OCTAVIO. No hay remedio. Qué razones puedo alegar en contra? Un momento de duda y mi futura lo adivina todo. Es por V. por quien yo temo.

RAIMUNDA. Agradezco tanto interés. (Con sarcasmo.) Yo creo que está V. loco. La niña está aquí y aquí quedará. Despues que V. ha visto cuan grande es mi amor para ella, puesto que he consentido hasta en engañar al mejor de los hombres, cree V. que mi corazon renunciará á aquel angelito? Qué yo se la devolveré á V.? Qué me separaré para siempre de ella? Qué consentiré que se la lleve su esposa, que equivale á decir que renuncio á verla más? Nunca; no lo espere V., nunca.

OCTAVIO. Yo la traeré alguna vez!...

RAIMUNDA. Es inútil. Busque V. un medio de arreglar este asunto. Invente V. cuanto quiera. Yo nada tengo que ver en sus negocios y Adriana ménos.

OCTAVIO. No hay otro medio posible. A duras penas he podido impedir que la señora Guichard anunciara á V. personalmente su resolucion. Opóngase V. y compromete su honor. A la señora Guichard, si bien le falta educacion, le sobra malicia. Si llega á suponer no mas, que es V. la madre, en la duda y presa de los celos, para

vengarse, es capaz de descubrirlo todo á su marido; entónces un duelo es inevitable y nadie puede adivinar el resultado.

RAIMUNDA. Cuando acabará V. de martirizarme?

OCTAVIO. No soy yo, señora. Son las circunstancias. Créame V.; ganemos tiempo; y cuando su marido esté léjos, entónces podrémos tomar otro partido.

RAIMUNDA. (Llorando.) Tiene V. razon.

OCTAVIO. Al menos veo que esta vez es V. razonable. Por otra parte, el carácter de la señora Guichard es voluble; estoy seguro que se cansará de la niña y muy pronto estará contentísima de restituírsela á V. Yo mismo la escitaré á ello. Se lo prometo.

RAIMUNDA. Y cuando habré de entregar á mi hija.

OCTAVIO. Volverá á las cinco por ella.

RAIMUNDA. Hoy! Pobre hija mia! (Pausa.) Es preciso que yo prepare á Adriana para esta separacion. V. que tiene mas dominio de sí mismo, vaya á unirse á mi marido y procure V. entretenerle el mayor tiempo posible, para que pueda hablar á mi niña y no descubra sus lágrimas... y... las mias. Y cuando venga... esa señora... su futura esposa... á llevársela... procure V. persuadirla...¡que me la deje hasta mañana... hasta despues de haber partido... mi esposo... le quedaré á V. muy agradecida si lo consigue... Dígale V. que... No sé!... Estoy fuera de mí, y... Vaya V., vaya V... Es el primer favor que le pido... y será el último. Se lo prometo.

OCTAVIO. Calma, señora, calma. (Con respeto.) Y descanse V. en mí.

RAIMUNDA. Gracias.

ESCENA VI.

RAIMUNDA.

Cuán pronto me habia acostumbrado á la felicidad! Dos horas que la poseo y pensé, pobre de mí! que sería eterna! El castigo no

se ha hecho esperar... y es justo! (Despues de pensar y con arranque maternal.) Pero yo quiero salvar á mi hija! Que sufra yo, está bien; pero ella que es inocente! No no, no; mi hija no puede vivir con aquella muger, que no la amará, que quizás la ódia y que se vengará en ella de los disgustos que su marido le haga sufrir! Oh qué hombre! La bondad de Dios se ocultó el dia de su nacimiento. (Pausa.) Qué haré? Huir con Adriana?.... Y mi marido, que me ha dado su nombre, á quien respeto... y á quien amo, podré abandonarle, deshonrarle? Nunca. (Pausa.) Por qué no se lo confié todo?... Por qué le he mentido?... Y si se lo contase ahora?... Pero y si me desprecia!.... Y si me arroja de su lado!... (Con terrible tranquilidad.) Si al ménos muriera despues de contarle mi culpa... (Asaltada por la siguiente idea.) Y mi hija!... No, no. Oh! Cuánto sufro! (Llora.) Estoy cansada de llorar, de luchar con mi corazon ... No habrá fuerza en el mundo que pueda arrancarme mi hija. Haré frente al peligro, y sea de mí lo que Dios quiera. (Yendo al cuarto donde entró Adriana.) Duerme; qué hermosa está! No la despertemos.

ESCENA VII.

RAIMUNDA y ADRIANA.

ADRIANA. Mamá!

RAIMUNDA. Te he despertado?

ADRIANA. No: en aquel momento abria los ojos. Oh, que bien he dormido!

RAIMUNDA. Mejor... Asi habrás recobrado tus fuerzas, que bien las necesitas.

ADRIANA. Qué te han hecho? Tienes los ojos rojos! Has llorado?

RAIMUNDA. Pobre criatura! No piensa más que en mí. (La besa.)

ADRIANA. Y en quién quieres tú que yo piense?

RAIMUNDA. Oye Adriana. Me dijiste que tenias valor y fuerza de voluntad.
ADRIANA. Vaya! Qué quieres que haga?
RAIMUNDA. Es preciso que nos separemos.
ADRIANA. No!
RAIMUNDA. Por poco tiempo.
ADRIANA. Ah! ño, nunca.
RAIMUNDA. Es necesario.
ADRIANA. Ya no me quieres?
RAIMUNDA. Que no te quiero! (Llora.)
ADRIANA. Sí, sí; me quieres. Bien, no llores. (La besa.) Nos separarémos. Pero volverémos á vernos, no es verdad?
RAIMUNDA. Y pronto; te lo juro.
ADRIANA. Dónde debo ir?
RAIMUNDA. Escucha. Hoy vendrá una señora que tú no conoces, que ha de ser la esposa de D. Alfonso y que se ha empeñado en llevarte consigo.
ADRIANA. Si ella quiere, yo no.
RAIMUNDA. Ni yo tampoco; pero no podemos oponernos sin que yo corra grandes peligros.
ADRIANA. Mamá mia!
RAIMUNDA. Es preciso tener paciencia hasta mañana. Procura mostrarte amable con aquella señora, finge aceptar sus ofrecimientos, demuéstrate contenta, así te dejará con nosotros hasta mañana... y mañana estamos salvados.
ADRIANA, (Contenta.) Y luego?
RAIMUNDA. Luego, ya que tienes valor, inteligencia y me amas, (La abraza.) te irás sola, sin decir nada á nadie, á casa de mi nodriza, calle de las Damas, número 12, Montmartre. Recuerda bien esta direccion.
ADRIANA. Damas, número 12, Montmartre.
RAIMUNDA. Justo. Si yo no pudiera volverte á hablar sin testigos, es preciso prevenirlo todo, á la primera seña que te haga, comprenderás que es hora de partir.
ADRIANA. Entiendo, entiendo.
RAIMUNDA. Dejarás escrita una carta, en la que dirás que no puedes vivir ni conmigo ni con aquella señora. Ella se resignará, yo iré á buscarte, par-

tirémos juntas, y ya nunca más nos separaremos.

ADRIANA. Montmartre, calle de las Damas, número 12. Si tengo que partir ántes de mañana, tú me harás una seña y yo me escaparé. A aquella señora yo la querré hasta mañana. Y el nombre de tu nodriza?

RAIMUNDA. Señora Simon. Voy á escribirla.

(Raimunda vá á escribir. Adriana que vé venir al Comandante la avisa.)

ADRIANA. El señor Montaiglin. (Raimunda se detiene.)

ESCENA VIII.

Dichas y MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. (A Raimunda.) Tú has llorado.

RAIMUNDA. Yo! (Sonriendo.) No.

MONTEIGLIN. Tienes encendidos los ojos! Qué te pasa?

ADRIANA. Yo tengo la culpa. Contaba á la señora cuán triste y desgraciada he sido hasta hoy, y ella no podia contener las lágrimas.

MONTAIGLIN. Anda, hermosa, anda á tu cuarto; he de hablar con la señora.

RAIMUNDA. Dios mio! Qué querrá decirme?

ADRIANA. Hasta luego?

MONTAIGLIN. Sí, hasta luego.

(Montaiglin vá á la mesa escritorio á disponer unos papeles. Adriana vuelve á su cuarto y desde la puerta manda á Raimunda un beso de escondidas.)

ESCENA IX.

RAIMUNDA y MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. Octavio te habrá dicho que su muger consiente en tener consigo á la niña?

RAIMUNDA. Cómo lo sabes tú?

MONTAIGLIN. Me lo acaba de decir, rogándome le escuse contigo, haciéndote comprender la necesidad de este paso.

RAIMUNDA. Efectivamente, me habló del particular....

MONTAIGLIN. Es una fortuna para la niña.

RAIMUNDA. Crees tú que Adriana será feliz con un padre que nunca la ha querido, y que aquella muger tan mal educada, tan irascible y celosa no la hará morir mártir?

MONTAIGLIN. No. Aquella muger no tiene mal corazon.

RAIMUNDA. Adriana tiembla de miedo. D. Octavio me suplicó que la preparase y á mis primeras palabras prorrumpió en un amargo llanto; y con frases tan sentidas y superiores á su edad, me suplicó tanto, que la tuviera conmigo, que yo no pude contener las lágrimas.... y queria precisamente en este momento, rogarte que obtuvieras esta gracia de su padre.

MONTAIGLIN. Es inútil intentarlo. La señora Guichard lo exige como primera condicion para efectuar el matrimonio y nosotros no debemos oponernos á la voluntad de su padre. Esta mañana nos la confió y esta tarde se la vuelve á llevar.... está en su derecho ... y hasta es su deber. Es la vez primera que se porta bien y no debemos reprochárselo.

RAIMUNDA. Es verdad. Pero y si la niña no quisiese ir con aquella muger?

MONTAIGLIN. Será preciso que obedezca.

RAIMUNDA. (Siempre con calor creciente.) Qué títulos puede alegar D. Octavio?

MONTAIGLIN. El de padre.

RAIMUNDA. Y cómo lo prueba? No le ha dado siquiera su nombre, lo dijo él mismo.

MONTAIGLIN. Cuidó de ella hasta hoy.

RAIMUNDA. Quién sabe!...

MONTAIGLIN. Por su mediacion nosotros hemos conocido á la niña y por pocos que sean sus derechos sobre ella, siempre serán más que los nuestros.

RAIMUNDA. (Fuera de sí.) Ese hombre, será causa de una desgracia.

MONTAIGLIN. Por qué?

(Desde aquí vá siguiendo con vivo interés cuanto Raimunda dice.)

RAIMUNDA. Porque há poco, me decia Adriana, que primero mendigará el pan de cada dia; que prefiere morir, ántes que vivir con D. Alfonso y

con aquella desconocida. Los niños tienen presentimientos; adivinan lo que no comprenden. Ella tiene un corazon espansivo, afectuoso, nunca pudo esplayar su ternura, necesita cuidados, amor, y conoce que aquí hallaría todo esto. Una emocion violenta, podria accidentarla! Pobre angelito! Tuvo una infancia tan triste! Tan desconsolada!... No ves qué pálida está y cómo la desventura ha desarrollado en ella la sensibilidad y la inteligencia? Piensa cuán triste ha de ser no tener familia, vivir con campesinos ignorantes que la habrán amado por dinero... por egoismo. Si D. Octavio no hubiese tenido la idea de confiarla á nosotros, qué habria sido de la pobre criatura! Y aquel miserable, aquel vil, infame, ahora la vende! La vende, sí, la vende. Vende á la hija... á esa pobrecilla! Y tú el mejor de los hombres, hallas esto natural? Y no defiendes aquel angelito cuyo corazon se abre á la ternura, á la felicidad? No existe en la tierra una ley... no hay justicia entre los hombres para impedir semejante infamia?

(Fuera de sí entre sollozos. Montaiglin que ha estado mirándola fijamente sin que ella lo notase, la pone una mano en el hombro y con la mayor dignidad exclama.)

MONTAIGLIN. Raimunda: Adriana es hija tuya.

RAIMUNDA. Ah! (Se arroja delirante en sus brazos. Pausa.)

MONTAIGLIN. (La sostiene en sus brazos y despues de una lucha consigo mismo durante la cual solo se oyen los sollosos de Raimunda, dice.) Está bien; se quedará con nosotros.

RAIMUNDA. (Mirándole estática de admiracion.) Qué has dicho! Que quedará con nosotros! Tú me perdonas? (Estúdiese.)

MONTAIGLIN. Nada tengo que perdonarte... Jamás te interrogué sobre tu pasado... luego no has mentido. Quizás hubieras obrado mejor y en bien de tu hija, confesándome ántes la verdad. (Suspirando.)- Ya está hecho!

RAIMUNDA. Tú me desprecias... No es cierto?

MONTAIGLIN. Te compadezco.

RAIMUNDA. Preferiria mejor tu cólera. Tu no creerás mis

palabras; pero son disculpa por mi parte mi ignorancia; sus engaños y violencias primero; su abandono y su infamia despues. He aquí mi historia.—No me he dado la muerte, porque tenia una hija.—Deber mio era decirte la verdad ántes de aceptar tu nombre, no lo hice; soy una culpable vulgar y sin disculpa. Cuando tu te ausentabas, iba corriendo á verla y en tanto que tu creias estar solo en mi corazon, ella estaba contigo, si, lo confieso. No fuí yo quien la trajo á esta casa, sino él, amenazándome con mandarla á América sino consentia... Soy madre!.. consentí. Te lo he dicho todo, todo. Ahora... castígame. (Cayendo á sus piés de rodillas.)

MONTAIGLIN. (Levantándola.) Criatura de Dios; has pecado, has sufrido y ahora que te arrepientes amando y orando, con qué derecho podria castigarte? Cuando te desposé, prometí protegerte y tu has hecho muy bien arrojándote en mis brazos. Aquí está tu refugio. (Abre los brazos y ella se abalanza ocultando la cabeza en su pecho.) Quieren arrebatarte á tu hija! Es una infamia, fia en mi. Nadie la hará daño. Eres madre y buena madre, yo seré tu escudo.—Tienes el acta de nacimiento de la niña?

RAIMUNDA. Sí: allí. (Señala su habitacion.)

MONTAIGLIN. Me la darás; pero ni una palabra de cuanto pasó entre nosotros, porque no todo está terminado.

RAIMUNDA. Tiemblo!

MONTAIGLIN. No temas. Tu honor es el mio y yo se bien lo que debo á mi honor.

RAIMUNDA. Y yo.., qué puedo.., qué debo hacer?

MONTAIGLIN. Tú? . Anda á abrazar á tu hija.

TELON.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

REMIGIO, DIOSDADO, luego MOTAIGLIN.

REMIGIO. Si tiene V. la bondad de esperar un momento, pasaré recado al Señor Comandante. A quién debo anunciar?

DIOSDADO. Dígale V. que está á sus órdenes el primer pasante del notario Roberjot.

REMIGIO. Aquí viene el Comandante.

MONTAIGLIN. No te alejes, Remigio, quizás te necesite luego.

REMIGIO. Está bien, mi Comandante.

MONTAIGLIN. Cuando vuelva la señora que ántes vino, haz que pase á esta sala sin avisar á mi esposa. A D. Octavio, que debe estar en el jardin, que tenga la bondad de entrar. (Remigio saluda y vase.)

ESCENA II.

MONTAIGLIN y DIOSDADO.

MONTAIGLIN. Suplico á V. me dispense si en vez de pasarme por su despacho, me he tomado la libertad de llamarle á mi casa; pero salgo mañana y tengo poco tiempo y muchos quehaceres.

DIOSDADO. Quiere V. callar? En que puedo serle útil.

MONTAIGLIN. Se trata de un acta de reconocimiento.

DIOSDADO. Un hijo natural?

MONTAIGLIN. Si; precisamente.

DIOSDADO. Es cosa muy sencilla.

MONTAIGLIN. Qué formalidades son necesarias?

DIOSDADO. Si el padre es soltero y mayor de edad, no hay dificultad ninguna. Si está casado, se necesita el consentimiento de su esposa.

MONTAIGLIN. Está bien.

DIOSDADO. Cómo se inscribió el niño?

MONTAIGLIN. De padres desconocidos.

DIOSDADO. No habrá oposicion por parte de la madre?

MONTAIGLIN. Ninguna.

DIOSDADO. Debo advertir á V., que la ley la concede el derecho de impugnar el acto de reconocimiento verificado por el padre.

MONTAIGLIN. Sobre el particular, podemos estar tranquilos. La madre, es muy probable, casi seguro, que no se descubrirá nunca.

DIOSDADO. Tiene V. el acta de nacimiento?

MONTAIGLIN. Aquí la tiene V.

DIOSDADO. (Leyendo.) «Una niña inscrita con los nombres » de Adriana, María, Enriqueta. Padres desco» nocidos...» Está en regla. Para cuando necesita V. este documento?

MONTAIGLIN. Cuánto ántes mejor. Si V. puede, en seguida.

DIOSDADO. (Desde la mesa.) El nombre del padre?

MONTAIGLIN. (Despues de pensar un momento.) Déjelo V. en blanco.

DIOSDADO. Casado ó soltero?

MONTAIGLIN. Déjelo V. tambien en blanco.

DIOSDADO. Está muy bien.

MONTAIGLIN. Tiene V. papel sellado?

DIOSDADO. Sí señor. Se me avisó oportunamente y lo traigo á prevencion.

MONTAIGLIN. Pues cuando V. guste, puede tomar asiento y empezar.

DIOSDADO. Hé de advertir á V. que para formalizar el acto, se necesitan dos testigos.

MONTAIGLIN. No faltarán los testigos. Puede V. estender el documento, interin yo hablo con el señor

ESCENA III.

Dichos, OCTAVIO.

(Que entra en aquel momento. Despues de mirar con ansiedad, á Montaiglin.)

OCTAVIO. Me ha mandado V. llamar?

MONTAIGLIN (Que lucha para conservar en calma.) Si. (Octavio observa y al ver su calma se tranquiliza,) Hé hablado con mi mujer.

OCTAVIO. Se habrá persuadido, es cierto.

MONTAIGLIN. Nada de eso, ni mucho ménos. No se ha persuadido.

OCTAVIO. Y bien?

MONTAIGLIN. Las mujeres son caprichosas... Raimunda se ha aficionado ya á la niña..

OCTAVIO. Ya?

MONTAIGLIN. Ya.

OCTAVIO. En dos horas?

MONTAIGLIN. Los corazones afectuosos sienten instantáneamente.

OCTAVIO. Entónces su esposa ..

MONTAIGLIN. Se niega decididamente á devolverte la niña.

OCTAVIO. Y qué razones aduce? Porque debe daralguna.

MONTAIGLIN. Sus razones no son malas. En primer lugar, se funda en que tu no quieres á la niña.

OCTAVIO. Y qué sabe ella? En qué se apoya?

MONTAIGLIN. Adriana te llama D. Alfonso; la has visto cinco ó seis veces desde que vino al mundo, la ocultabas á tu futura esposa, la trajiste aquí para ocultarla mejor, ó hablando mas claro, para desembarazarte de ella. Ahora te la quieres llevar, porque la señora Guichard te lo impone como condicion *sine qua non* del matrimonio proyectado entre vosotros. Adriana representa hoy para tí cincuenta mil francos de renta. Mañana tu mujer se cansa de ella... ya no la quiere... y tú con tu acostumbrado *sens façon* la alejarás de tu lado. Mi esposa tiene razon en creer que la pobre niña será más feliz aquí que en otra parte y está resuelta á quedarse con ella.

OCTAVIO. Esas no son razones. Yo tengo derechos.

MONTAIGLIN. Cuáles? (Fijando en él su mirada.)

OCTAVIO. Soy el padre.

MONTAIGLIN. Y cómo lo pruebas?

OCTAVIO. Yo lo digo.

MONTAIGLIN. Eso no basta. (Movimiento de Octavio.) La niña fué declarada hija de padres desconocidos, por lo tanto, lo mismo te pertenece á tí que á cualquiera otro...

OCTAVIO. De modo, que V. se hace cómplice...

MONTAIGLIN. Qué osas decir!

OCTAVIO. V. aprueba la conducta de la señora Montaiglin...

MONTAIGLIN. Yo no hago mas que mi deber. Este me dicta que ampare á aquella pobre huérfana y la ampararé; á ménos que tu, que afirmas ser su padre, te resuelvas á reconocerla y á legitimarla.

OCTAVIO. Comandante! (En este momento el Notario que ha terminado el acta se levanta.)

MONTAIGLIN. (Al Notario,) Al momento soy con V.

OCTAVIO. Reconocerla! Eso se dice muy fácilmente.

MONTAIGLIN. Se hace más pronto todavía.

OCTAVIO. Pero qué dirá mi mujer?

MONTAIGLIN. Eso es cuenta tuya y no mia.

OCTAVIO. Esperemos á que ella venga.

MONTAIGLIN. No: y responde en seguida. El notario está listo. (Este está en la ventana contemplando el jardin para evitar el oir la conversacion.) Remigio y yo serviremos de testigos y es negocio de cinco minutos. Ya que tu mujer consiente en admitir á la niña y tenerla consigo, es natural que esté mucho mas contenta si lleva tu nombre.

OCTAVIO. Una niña reconocida, no es lo mismo que una niña adoptada. Aquella adquiere derechos que se complican en la sucesion... Esperemos el parecer de la Señora Guichard.

MONTAIGLIN. Es tu última resolucion?

OCTAVIO. Una hora ántes ó despues que importa?

MONTAIGLIN. Basta. Señor Notario, tiene V. preparada el acta?...

DIOSDADO. Faltan solo las firmas.

MONTAIGLIN. (Llamando.) Remigio. (Comparece y saluda militarmente.) A la Señora que tenga la bondad de en-

trar. (Remigio va á la puerta de la derecha y á poco entra Raimunda.) Quédate Remigio.

ESCENA IV.

OCTAVIO, MONTAIGLIN, RAIMUNDA y DIOSDADO.

MONTAIGLIN. Sírvase V. darnos lectura del acta que acaba de estender.

DIOSDADO. (Lee.) «Ante el Notario Roberjot; compareció Don...» (Hablando.) He dejado el nombre en blanco como V. dispuso.

MONTAIGLIN. Ponga V. el mio. Juan Mateo Montaiglin.

DIOSDADO. (Lee.) «Compareció D. Juan Mateo Montaiglin quien voluntariamente ha reconocido por hija suya á Adriana María Enriqueta...»

OCTAVIO. (A Montaiglin.) Pero...

MONTAIGLIN. (Con calma.) Espera... espera.

DIOSDADO (Leyendo siempre.) «Nacida en París á los once de Abril de 1865, inscrita en el registro civil del distrito 48, hija de padres desconocidos. El señor D. Juan Mateo de Montaiglin, ha consentido que la nombrada Adriana, María, Enriqueta lleve en lo sucesivo el nombre de Montaiglin su padre y que desde ahora en adelante se llame Adriana, María, Enriqueta de Montaiglin. La señora de Montaiglin, esposa del citado Don Juan Mateo, presente en el acto, da libre y espontáneamente su consentimiento, y firma en presencia de testigos. (El notario mira interrogativamente á la señora.)

RAIMUNDA. Sí señor. (Firma donde él indica.)

DIOSDADO. «Estendido y firmado ante los...» (Hablado.) Los nombres de los testigos?

MONTAIGLIN. Tu nombre, Remigio.

REMIGIO. El señor Comandante... me hace el honor...!

MONTAIGLIN. Antes bien te quedo obligado por el servicio que me prestas.

REMIGIO. (Orgulloso y satisfecho.) Remigio Benedicto Deschamps. (Firma.)

DIOSDADO. El señor es el otro testigo? (Por Octavio,)

MONTAIGLIN, Sí.

OCTAVIO. (En voz baja á Montaiglin.) Yo! Qué significa esto?

MONTAIGLIN. Esto significa, que siendo Adriana hija de mi esposa, yo solo puedo ser su padre. Anda, firma; firma. (Imperativamente.)

OCTAVIO. Sea; pero nos veremos.

MONTAIGLIN. En seguida.

RAIMUNDA. (Dios mio! Dios mio!) (Octavio firma. El notario lee.)

DIOSDADO. «La presente acta ha sido leida y firmada por el señor de Montaiglin, en presencia de testigos y de la señora de Nontaiglin, en fé de la cual firmo.»

MONTAIGLIN. (En alta voz á Raimunda.) Mi querida esposa, te agradezco públicamente y con toda el alma, el que me hayas ayudado á cumplir con mi deber. (La abraza.) (Silencio!) De hoy más, sea mi hija tuya tambien. (Al notario.) Gracias, señor Notario. (Le dá la mano.)

DIOSDADO. En toda ocasion, disponga V. de mí.

MONTAIGLIN Espero que comerá V. con nosotros?

DIOSDADO. Lo tendré á mucho honor. (Saluda respetuosamente á la señora y sale.)

MONTAIGLIN. (A Remigio.) Anda con Dios y gracias. (Se vá.) A Raimunda que se dispone á quedarse·) Tú, anda con Adriana.

ESCENA V.

MONTAIGLIN, OCTAVIO.

OCTAVIO. Estoy á sus órdenes.

MONTAIGLIN. Qué significa esto!

OCTAVIO. Que estoy pronto á dar á V. una satisfaccion.

MONTAIGLIN. Con las armas?

OCTAVIO. Y con las que V. quiera.

MONTAIGLIN. Un duelo entre nosotros, comprometeria á una mujer, á quien no debe comprometerse; y el mundo, es decir; los necios, los curiosos y los malvados, adivinarian lo que tan solo debemos saber, mi esposa y nosotros dos. Si la casualidad hiciese que te encuentre en mi camino, no te conoceré... ni te miraré; y puesto que estas á mis órdenes, estas son las que te

impongo; añadiendo, que guardes rigurosamente este secreto, como yo lo guardaré. A la señora Guichard, la recibiré yo; y como no quiero, reten bien estas palabras, no quiero que ella sepa la verdad, procuraré arreglarme de manera que parezca que yo te estoy obligado. Me dijiste que empezaste por querer convencerla de que la niña era hija de un amigo tuyo, pues bien, ese amigo, soy yo. (Solemnemente.) Para salvar el honor de la mujer que sedugiste... y que es mi esposa, mentiré. En cuanto al castigo que tu mereces... ese solo está permitido á Dios y de seguro que no te faltará.

OCTAVIO. No entiendo!

MONTAIGLIN. Lástima! Pero si no me has comprendido, es inútil que me esplique. Tú y yo hablamos distinto lenguaje y hasta me figuro que somos de diferente especie. Oigo á la señora Guichard. Entra allí; (La habitacion de la izquierda.) déjame con ella unos momentos y procura estar pronto para acompañarla cuando salga de esta casa, que será lo ántes posible. Desde allí, escucha atento; porque no quiero que se me desmienta. (Montaiglin abre la puerta de la izquierda y á poco aparece la señora Guichard.)

ESCENA VI.

MONTAIGLIN, GUICHARD.

GUICHARD. (Que entra como en su casa.) Oh! Ès V., comandante?

MONTAIGLIN. Sí; yo soy. En que puedo servir á V?

GUICHARD. No está aquí Octavio?

MONTAIGLIN. No, ha salido; pero volverá luego.

GUICHARD. Necesito verle pronto, muy pronto.

MONTAIGLIN. Qué le sucede á V. señora?

GUICHARD. Vengo por él y por Adriana como convenimos.

MONTAIGLIN. Siento señora que se haya V. molestado, si ese tan solo es el objeto de su venida; porque des-

graciadamente para V., estamos resueltos á quedarnos con la niña.

GUICHARD. Pues desgraciadamente para V.. yo estoy resuelta á llevarla conmigo y cuando se me pone una idea entre ceja y ceja, la llevo á cabo cueste lo que cueste. ¿Qué quiere V. que le diga, soy testaruda de veras. Añada V. en esta ocasion, que Octavio me ha dicho una nueva mentira y esto me obliga á hacer hoy mismo, lo que quizás no hubiera hecho hasta pasados unos dias.

MONTAIGLIN. Y qué nueva mentira es esa?

GUICHARD. Me dijo que la madre de la niña habia muerto.

MONTAIGLIN. Y bien?

GUICHARD. Pues no es verdad. La madre vive. Oh! aunque impetuosa, tengo calma cuando conviene, y no me la pegan con facilidad, señor de Montaiglin. De algo han de servir las precauciones! Esta mañana miéntras que yo seguia á Octavio, envié un hombre listo y de mi confianza á casa de los campesinos que criaron á Adriana y á quienes yo no tuve tiempo de interrogar. Atravesando Paris, me encontré con mi mensagero, y he sabido, que la nodriza, irritada por haberle quitado la niña, ó quizás por no haber comprado su silencio, habia cantado de plano apenas se le preguntó. Sé que la madre vive, y que visitaba frecuentemente á la niña.., con mucha frecuencia; pero hacia algun tiempo que no habia ido por allá.

MONTAIGLIN. La habrán dicho tambien que Octavio no la acompañó jamas?

GUICHARD. Cierto: porque Octavio no estuvo más que cinco ó seis veces; pero esto podia ser con intencion de no comprometerla, porque parece que es una gran señora, jóven, muy bella y que quiere mucho á su hija. Pues bien; á su niña, no la verá más; y si quiere verla, tendrá que venir á mi casa; porque ahora..... yo soy la madre.

MONTAIGLIN. No comprendo!

GUICHARD. Ya verá V. El código es un pobre diablo; y así como permite á quien tiene hijos no recono-

cerlos, concede, á los que no los tienen, derecho de adoptar á los de los otros. He reconocido á la niña Adriana Maria Enriqueta, de padres desconocidos, es mi hija, y aquí está el acta que lo testifica. (La entrega á Montaiglin)

MONTAIGLIN. Mi buena señora! Esta acta es nula.

GUICHARD. Es muy legal.

MONTAIGLIN. Puede ser impugnada.

GUICHARD. Por quién?

MONTAIGLIN. Por el padre.

GUICHARD. Oh! Estoy segura de que no lo hará.

MONTAIGLIN. No se fie V. demasiado.

GUICHARD. Cree V. que Octavio?... Estaria gracioso! (Riendo)

MONTAIGLIN. Es que Octavio no es el padre de Adriana.

GUICHARD. Si me lo ha confesado poco há; aquí mismo.

MONTAIGLIN. Tambien ántes la habia dicho á V. que era hija de un amigo.

GUICHARD. No es cierto.

MONTAIGLIN. V. se obstinó en esta idea; y Octavio para castigar sus celos y sospechas, la ha contado una historia en la que no hay palabra de verdad. Lo único que es verdadero es que Octavio ha prestado un gran servicio á un amigo.

GUICHARD. Y quien es ese amigo?

MONTAIGLIN. Soy yo.

GUICHARD. Señor comandante... Pruebas.

MONTAIGLIN. Qué más prueba que el haber reconocido á mi hija?

GUICHARD. La ha reconocido V?

MONTAIGLIN. Hará una hora; y aquí tiene V. el acta en la que la legitima, firmada por dos testigos, de los cuales como V. puede ver uno es Octavio.

GUICHARD. Pues entonces!..., (Cayendo en la situacion en que se ha colocado.) Oh!.... Esta si que es buena! Comandante; yo estoy comprometida! En el registro civil consta ... Si me hubiese sucedido la desgracia de tener una hija de Octavio, habria procurado hacérsela reconocer por amor ó por fuerza; pero tratándose de otro...

MONTAIGLIN. (Esforzándose en sonreir.) Lo callaré á todo el mundo.

GUICHARD. Escepto á su señora; me precisa que sepa mi inocencia en este asunto. Tocante á Octavio,

si cuando sea su esposa álguien descubre lo del registro... Ja! ja! ja!. Pobre Octavio! Y ya podremos jurar y perjurar que no es verdad, vaya V. á desmentir al registro civil! Y luego.... (Riendo con fuerza.) fiése V. en registros! Pero él, que conoce mi carácter impetuoso, debia haberme dicho la verdad; debia preveer una barbaridad de las mias.

MONTAIGILN. Le habia obligado á jurarme que á nadie diria una palabra sobre este asunto y ha cumplido sin que nadie sospechara.

GUICHARD. Pues entonces por qué trajo aquí á la niña, cuando V. debia ocultarla á su esposa? ¡Yo no lo entiendo!

MONTAIGLIN. Porqué encontró una escelente ocasion para que yo pudiera tenerla á mi lado. Él condujo aquí á Adriana como si realmente fuese su hija, rogándonos que pues no teníamos hijos, que cuidásemos de su educacion.

GUICHARD. Fué un medio ingenioso!

MONTAIGLIN. Ingeniosísimo.

GUICHARD. Pero la señora Montaiglin, podia haberle contestado, por qué no hace V. que se encargue su esposa de la chiquilla?

MONTAIGLIN. Mi mujer ama tanto á los niños, que ni siquiera se le ocurrió.

GUICHARD. Ya se vé. Y luego...

MONTAIGLIN. Luego qué?

GUICHARD Qué Octavio habrá dado por razon que yo era una mujer celosa, colérica... despótica... Una bestia feroz.

MONTAIGLIN. Dijo solamente que temia disgustarla, pero que quizá más tarde... despues del matrimonio... En suma me secundó muy bien.

GUICHARD. Lo creo; si para inventar historias... El resultado es que ha sabido embrollarme magníficamente; pero ha sido para prestar á V. un servicio... habia jurado guardar el secreto... ha sostenido su palabra y ha obrado muy bien. Prefiero que haya mentido cuando me dijo que tenia una hija, que cuando me afirmó que no era su padre.

MONTAIGLIN. Luego le ama V. mucho?

GUICHARD. Es ridículo, no es verdad? A los treinta y cinco años, con esta facha de mesonera..! pero el corazon está dentro y no vé nada de lo que hay por fuera. Qué quiere V... no he tenido familia y necesito amar. Yo grito... grito... me creen una furia, un demonio, pero no soy mala; créalo V. Cuando supe que la madre de Adriana vivia, siendo así que Octavio me dijo que habia muerto, no he tenido mas que una idea... vengarme .. pero en cuanto he llegado al registro y he visto aquella acta de nacimiento que dice *sin padres*, seca, fria, como una fé de defuncion, me acordé de mi infancia, que fué casi igual, me he conmovido, pensando en aquella pobre criatura, á quien no conocía y á la que habria ahogado una hora antes... y he jurado, los ojos fijos al cielo, ser buena para con ella, ser su segunda madre. (Llorando.) Yo soy así: no lo puedo remediar. La he comprado muñecas, vestidos y alhajas.. Todo lo tengo en el carruaje. Haga V. venir á Adriana, comandante, para que tome todos aquellos juguetes, y para que la vea siquiera una vez; porque siendo hija mia... digo, hija de V... no, nuestra hija... (Riendo.) Já; já: já! Vamos, que el caso es curioso! Yo madre de la hija de V. Já já já ja!

MONTAIGLIN. (Tendiéndola la mano.) Señora Guichard; es V. lo que se llama toda una buena mujer.

GUICHARD. Sí; pero demasiado viva, demasiado tierna y demasiado arrebatada. En ciertas ocasiones, me acaloro... y me exalto... Gracias señor de Montaiglin: gracias por lo que acaba V. de decirme... no sé porque sus palabras me conmueven y me causan así... un estremecimiento... casi, casi me hará que sienta que nuestra aventura no sea verdad. ¡Pero señor, que loca soy!... No me haga V. caso... pero cuando veo que un hombre tan honrado como V. me comprende y me llama su amiga... Basta, hablemos de otra cosa! Espero que me hará V. el obsequio de ser uno de los testigos de mi boda.

MONTAIGLIN. Imposible! Parto mañana.

GUICHARD. Cuanto lo siento! Pero me permitirá V. que durante su ausencia, venga alguna vez á ver á mi hija... es decir, (Riendo.) á nuestra hija.. á su hija. (Con seriedad.)

MONTAIGLIN. Mi esposa y mi hija me acompañan en el viaje. Mi permanencia en las colonias será de dos á tres años y no quiero estar tanto tiempo separado de ellas.

GUICHARD. Hubiera deseado ver á la señora de Montaiglin, para suplicarle que dispensara el modo inconveniente como me he presentado en su casa... V. sin embargo la esplicará el *quid pro quo*.

MONTAIGLIN. Ahora mismo haré que salgan las dos. Señora Guichard, sea V. muy feliz; lo merece V. y... se lo auguro. (Montaiglin vá á su habitacion. Primera derecha. La señora Guichard le sigue.)

GUICHARD. Tiene V. algo más que decirme?

MONTAIGLIN. (Titubea, luego se domina.) No... nada. Adios.

ESCENA VII.

GUICHAR.

GUICHARD. Queria decirme algo. Estaba conmovido... turbado.. triste. Y no debia estarlo ahora que todo le vá á pedir de boca.—Porqué se llevará consigo á la señora?—Quizás tema que la otra venga á dar un escándalo cuando sepa que le han quitado la hija...

ESCENA VIII.

GUICHARD, OCTAVIO.

GUICHARD. Ah! Eres tú?

OCTAVIO. Venia para decir á V...

GUICHARD. No digas más. Sé que el señor de Montaiglin es el padre. Te habia acusado injustamente..; pero si hubieses tenido más confianza en mí, me habrias evitado una gran barbaridad.

OCTAVIO. Cuál?

GUICHARD. He reconocido á Adriana en París, como hija

mia, en tanto que el señor comandante la reconocía aquí.

OCTAVIO. (Fingiendo sorpresa.) Y porqué lo hiciste?

GUICHAR. Para probarte que te amo... hasta en la hija de otra. (Con pasion.)

OCTAVIO. Y... qué ha dicho el comandante?

CUICHAR. Me ha parecido triste.—Dime; conoces tú á la madre?

OCTAVIO. Qué madre?

GUICHARD. La madre de mi hija. La verdadera madre.

OCTAVIO. No.

GUICHARD. No sabes cómo se llama?

OCTAVIO. Lo ignoro. Sé solamente que es una gran señora y nada más.

GUICHARD. No la encontraste nunca?

OGTAVIO. En dónde?

GUICHARD. En casa de la nodriza.

OCTAVIO. Nunca. Iba ella acaso?

GUICHARD. Sí.

OCTAVIO. Cómo lo sabes?

GUICHRAD. Porque la nodriza lo ha contado todo á una persona que he mandado allí.

OCTAVIO. Yo solo fuí cinco ó seis veces... cuando el comandante me escribia...

GUICHARD. Te llamaban D. Alfonso. Porqué?

OCTAVIO. Porque no quise decir mi verdadero nombre; aquella gente podía creer...

GUIBHARD. Mírame bien.

OCTAVIO. Ya te miro. (Mirándole fijamente.)

GUICHARD. Me juras...

OCTAVIO. Volvemos otra vez á las andadas?

GUICHARD. Me juras que todo eso es verdad?

OCTAVIO. Qué interés hubiera tenido el comandante en reconocer una niña que no fuese suya?

GUICHARD, Toma! No la he reconocido yo, y nunca la habia visto?

OCTAVIO. Pero tú... tú., tú...

GUICHARD. Qué!

OCTAVIO. Eres una loca.

GUICHARD. Puede ser.

OCTAVIO. Ahora vámonos.

GUICHARD. Tienes tanta prisa?

OCTAVIO. No podemos estar aquí todo el santo dia.

GUICHARD. No te convidó el comandante á comer.

OCTAVIO. Sí... pero...

GUICHARD. Te habias olvidado ya?

OCTAVIO. No; pero cuando me invitó, aun no habias hecho ninguna de tus excentricidades.

GUICHARD. Qué has dicho?

OCTAVIO. Excentricidades.

GUICHARD. Todo lo que yo he hecho lo hice por su bien. Yo ignoraba la verdad y esta no es una razon para que huyamos como dos ladrones; tanto más, cuando uno está invitado á comer y al otro se le pasan muchas ganas de estarlo. Me parece muy puesto en el órden que el comandante me convide. (Para sí.) Porqué no lo ha hecho?.. (Aquí hay misterio... se me engaña... lo conozco).

ESCENA IX.

Dichos, RAIMUNDA, ADRIANA.

RAIMUNDA. (Esperándose para aparentar calma.) Mi marido acaba de contarme, señora, su generosa conducta para con esta niña, por lo que la quedo tan reconocida como si realmente fuese hija mia. Me duele, sin embargo, el que se halle V. ahora en una posicion escepcional; pero para nosotros que sabemos la verdad y conocemos á V., estamos seguros que aquella accion la traerá fortuna y buena suerte.

GUICHARD. Entonces espero no me negará V. su mano.

RAIMUNDA. (Se la dá.) Con toda mi alma.

GUICHARD. (Para sí.) (Tiembla!)

RAIMUNDA. Debo tambien dar gracias al Señor, que tanto interés se ha tomado por la niña, y que se ha visto obligado á mentir por V.; pero yo espero que V. le perdonará. (Aparte.) (Como yo le perdono!... No puedo mas.) (Hace un esfuerzo y se rehace.) Vé á dar gracias al señor á quien debes estar muy obligada, sobre todo desde esta mañana.

ADRIANA. Gracias D. Alfonso.

GUICHARD. Dá un beso á esa hermosa criatura; no ves que te presenta la frente? (En este momento vé al comandante que pasa el dintel de la puerta y que viene á colocarse junto á Raimunda.)

ESCENA X.

Dichos, MONTAIGLIN.

MONTAIGLIN. (Con naturalidad). La señora Guichard tiene razon. Bésala. (Octavio besa á Adriana en la frente. En tanto Montaiglin dice á Raimunda rápidamente viendo su emocion.) (Valor: son pocos momentos.)

RAIMUNDA. Anda; dá un abrazo á esta señora.

ADRIANA. (Corriendo hácia la Sra. Guichard.) De muy buena gana.

GUICHARD. Hay qué rica! (Recibiéndola y dándola dos fuertes besos.) (La niña se confundirá.) Sabes hermosa que vengo por tí?

ADRIANA. (Haciendo seña á Raimunda de que recuerda la leccion.) Para ir á dónde?

GUICHAD. A mi casa.

ADRIANA. Por mucho tiempo?

GUICHARD. Para siempre.

ADRIANA. Enseguida?... Hoy?

GUICHARD. Cuando tú quieras.

ADRIANA. Entónces mañana: hoy quédese V. con nosotros.

GUICHARD. No te pesa dejar esta casa?

ADRIANA. Me causó mucha pena salir de la de mi nodriza... y los señores han sido tan buenos conmigo.... desde esta mañana...; pero toda vez que V. quiere ocupar el lugar de mi madre... la seguiré á V. muy contenta.

GUICHARD. Y me querrás un poquito?

ADRIANA. Si la quiero á V. ya.

GUICHARD. Por caridad, no me lo digas; te lloraria demasiado. . porque á decirte verdad, tu estarás siempre con el señor y la señora. (Montaiglin hace señas á Raimunda. Guichard dice aparte viendo el general silencio.) (Ni una palabra!) (Alto.) Quizás no nos veamos nunca mas.

ADRIANA. (Conmovida.) Por qué?

GUICHARD. Porque el señor comandante parte con la se-

ñora y quieren llevarte consigo; pero si necesitas de mí, iré á buscarte, ya que al fin soy tu madre... la segunda... ó la tercera; pero vaya soy una de las tres.

ADRIANA. Puede V. escribirme donde está, yo sé leer y la prometo venirme con V., si quisiese la desgracia que me viera otra vez huérfana y perdiese á mi padre...

GUICHARD. Y...

ADRIANA. Y... á la señora? (Señala á Raimunda.)

GUICHARD. (Aparte.) (Todos, todos mienten. Y porqué? Es preciso que alguno se haga traicion.) (En el tono natural.) Para obligarte á venir conmigo, te traia algunos regalitos. Los dejé en el coche que está junto al cancel. Quieres ir tú misma á buscarlos? (Adriana sale.) Corre; dí al cochero que te entregue aquel lío... Corre... corre... Parece una flecha.! Ah! Dios mio!

(Todo esto lo dice cerca del recibimiento y figurando que sigue á la niña con la vista. Raimunda que está sentada, al grito de la señora Guichard se levanta con ímpetu.)

RAIMUNDA. Qué sucede?

GUICHARD. Ha caido! Tiene la cara ensangrentada!...

RAIMUNDA. (Corre hácia la puerta gritando desesperadamente.) Adriana!

GUICHARD. (Deteniéndola.) Ah! Lo sabia. V. es la madre. Estaba segura de ello! No se asuste V. Adriana no ha caido. He hecho lo que ustedes... Mentian todos... he mentido tambien... para descubrir la verdad.

MONTAIGLIN. Señora... (Reconociéndola.)

GUICHARD. Comandante, se lo que me hago. (A Octavio.) Me creias una imbécil, no es verdad? Ahora veo claro.—Adriana es hija tuya: y tú.... la abandonaste á gente mercenaria... yendo á verla seis veces en once años! Una vez cada dos años! Qué crueldad!—A esta infeliz la sedugiste (Bajando la voz.) y la abandonaste cuando fué madre...—A este hombre digno, tu amigo, le has obligado para salvar el honor de sû esposa, á reconocer á tu hija... y hasta has servido de testigo.. tú... el padre!—¡Misera-

ble! —Y todo esto para poder gozar con el dinero de Víctoria, la antigua criada del meson. Y no hay una ley que castigue tantas infamias! Es que se han olvidado de hacerla... ó que los hombres presumen que no existen canallas como tú! —Este es el hombre! (Por Montaiglin.) El único acreedor á tan elevado nombre. El gefe de la familia, el protector del débil, el guardador de su honra, hélo ahí!.... Tú!... (Fuera de sí.) Tú no eres más que un estrafalario!—Me daria de cabezadas contra las paredes, cuando reflexiono que he estado á punto de casarme con un hombre como tú...! Deseos se me pasan de hacerte probar mis puños... y ten cuidado; por que en el Leon de oro he roto las narices á más de un guapo...—Basta! (Dominándose.) Marcha. Abandona la Francia y haz de modo que no tropiece contigo jamás...—(Acompañándole al foro.) El dinero que te he anticipado, te lo regalo para no saber más de tí.... Bandido!—Pido á ustedes mil perdones; pero tenia necesidad de desahogarme... ¡Ay! (Dando un gran suspiro.) Ahora me encuentro mejor.

ESCENA XI.

Dichos y ADRIANA. Que entra un momento ántes y despues que se fué Octavio.

GUICHARD. Y tú hermosa que ayer eras huérfana, hoy tienes un padre, como hay pocos... y dos madres... digo no; eso no puede ser. Una madre que es la señora. Y yo... qué seré yo?—Ah! La abuela! Y todos te querremos mucho. (La niña corre á la señora Guichard y se besan.) Verdad comandante?

MONTAIGLIN. Esposa mia! Mi buena amiga!

GUICHARD. Sí, la abuela, y como tal; en tanto que tu madre te enseñará á querer y á ser buena, yo me afanaré para que nunca olvides que sin la virtud y el cumplimiento del deber, todo es inú-

til. Pero esto no te lo enseñaré yo... pobre mesonera del Leon de oro... no; esto corresponde....

ADRIANA. A quién?

GUICHARD. A tu padre, pobre niña! ¿No es verdad comandante? (Con acento tal, que conmueve á Montaiglin. Este enternecido abre sus brazos á Adriana,)

ADRIANA. ¡Padre mio! (Abrazada á Montaiglin.)

MONTAIGLIN. Dios te bendiga!

TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de *Durán*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.